

MARCELA BALLURI



30 DÍAS



para ser  
la mujer

CORRECTA

# 30 DÍAS PARA SER LA CHICA PERFECTA

Marcela Balluri

## CAPÍTULO 1

—Voy a matarlo, voy a matarlo —se decía Kristen entre dientes mientras pisaba el acelerador a tope, lo cual no resultaba nada fácil con los zapatos de tacón alto que llevaba—. Tengo que contenerme y no vomitar durante la boda y luego lo mataré.

Los neumáticos chirriaron al entrar en el aparcamiento de la iglesia de Santa María. Había tomado la curva demasiado deprisa. Sacudió la cabeza. La resaca le taladraba las sienes como una perforadora mecánica.

De todos los días posibles para tener resaca aquel era el peor. Se detuvo en seco y tiró del freno de mano. Se miró un instante en el espejo retrovisor e hizo una mueca de desagrado al comprobar la palidez verdosa de su cara.

—Voy a matarlo, voy a matarlo —repitió.

Salió del coche gruñendo, maldiciendo al no poder ir todo lo rápido que quisiera para no estropear su vestido rosa palo de dama de honor y cerró de un portazo.

El ruido resonó en su cabeza como si la tuviera hueca. Apenas bebía y antes de aquel día solo había tenido resaca una vez en su vida. Ya no la recordaba, pero desde luego no podía ser tan mala como aquella.

Nada podía ser tan malo como aquello.

—Vaya ya era hora —oyó que le decían en voz alta desde la escalinata de la iglesia—. Te estábamos esperando.

Se había equivocado.

Sí, podía haber algo peor.

—Voy a matarte —susurró.

Andrew Smith sonrió maliciosamente desde la escalinata.

Estaba muy guapo, como siempre en realidad, se dijo Kristen con disgusto.

En el moreno que su piel lucía esplendorosamente durante todo el año no había el menor rastro de la noche pasada. Sus ojos grises no estaban turbios, sino relucientes de malvado humor. Su pelo oscuro y su brillante sonrisa podrían lucir en la portada de una revista. En realidad, tenía el aspecto de haber pasado la velada con un libro entre las manos y bebiendo un vaso de leche templada.

Aunque, como ella sabía perfectamente, la noche había sido bien distinta. ¡Él había pasado la noche asegu-

rándose de que ella tuviera el aspecto horrible que tenía ahora!

—Vaya, vaya, vaya —dijo Andrew mirándola a los ojos y acercándose a ella para tomarla del brazo—. Conque tenemos resaca, ¿no?

—Cállate, la culpa es tuya —dijo Kristen, aferrándose a la barandilla metálica de las escaleras como si fuera su tabla de salvación—. A propósito, ¿por qué demonios te empeñaste en llevarme a la despedida de soltero de Brad?

—¿Es que tenías un plan alternativo? Si te hubieras quedado en casa de mi madre acompañando a mi hermana, la novia y a su fiel escudera, Dana, te habrías vuelto loca —dijo Andrew—. Porque ahora que Bella se casa y solo quedas tú ya supondrás que no te van a dejar en paz hasta que te emparejes.

Kristen sabía que Andrew tenía toda la razón. Por otra parte, al dolor de cabeza comenzaba a sumársele cierto malestar de estómago.

—Ya, así que pensaste que la mejor manera de preparar a la pobre Kristen para el acoso que va a empezar a sufrir a partir de mañana era... ¡Claro! Llevarla a ver cómo una bailarina de tres al cuarto enseñaba el trasero en la playa a altas horas de la noche.

—La verdad es que lo de la bailarina era secundario, lo que más me importaba era meterte diez tequilas en el cuerpo para subirte un poco la moral —dijo Andrew con

una sonrisa—. Oh, vamos, Kris, nadie te puso una pistola en el pecho para obligarte a beber.

—No, ¡pero hiciste una apuesta conmigo! —dijo Kristen, señalándolo con un dedo—. Apostaste conmigo el sueldo de una semana a que no podía aguantar tu ritmo y, claro yo me vi en la obligación de mantener bien alto el pabellón femenino.

—¿El pabellón femenino? Ah ya comprendo —dijo Andrew, echándose a reír—. Llevamos así desde que teníamos ocho años. Desde entonces jamás has dicho que no a una apuesta mía y déjame añadir, que tampoco has ganado nunca.

—Cállate —murmuró Kristen— o voy a acabar por vomitar sobre tu traje de Armani.

—A lo mejor quedaba bien con la decoración —dijo Andrew, entrando ya en la iglesia—. Creo que Bella ha metido en este sitio todas las gardenias de California. La verdad, no sé cómo una mujer tan excesivamente femenina como ella puede tener una amiga tan simpática, tan normal como tú.

Kristen se detuvo en seco en la pequeña entrada de la iglesia.

El penetrante aroma de las flores resultaba mortal en su estado. En efecto, aquella resaca la estaba matando.

—Oh, Dios —suspiró, tambaleándose.

Andrew se percató de la situación.

—Ánimo, preciosa —dijo, abandonando su maliciosa sonrisa por primera vez—. Tranquila, no va a pasar nada —dijo con afecto sincero y reconfortante.

Kristen venció sus ganas de dar media vuelta y salir a tomar aire fresco.

—¿Qué tal está Bella? —preguntó, más con ánimo de distraer la mente de su maltratado estómago que por otra cosa.

Andrew se encogió de hombros.

—Como recién salida de una fábrica de sedas.

—Si su vestido es la mitad de incómodo que el mío, la compadezco.

—Va a casarse, eso basta para compadecerla —dijo Andrew y miró a Kristen, aún preocupado—. ¿Estás mejor?

—No mucho —dijo ella, suspirando—. Pero tendré que apañármelas. Aunque me conformo con no vomitar sobre nadie y evitar la maldita pregunta.

Andrew sonrió.

—Te refieres al inevitable «¿Y tú cuándo te casas?» —dijo, parodiando una voz femenina, ridícula y nasal.

—Exactamente —dijo ella, tratando de olvidar aquella cuestión.

Resultaba incómodo incluso cuando se aludía a ella como motivo de mofa. Era como si llevara toda la vida respondiendo a preguntas como aquella, «¿Cuándo vas a encontrar un chico que te guste, Kristen?» «¿Por qué no haces como las otras chicas, Kristen?» «¿Cómo vas a encontrar a un hombre con esas ideas, Kristen?»

Estaba soltera porque quería estarlo, se dijo una vez más.

Había dicho aquellas palabras tan a menudo que casi le parecía que las llevaba impresas en la frente.

—Sabes muy bien que te evitarías ese tipo de preguntas si no siguieras aceptando ser dama de honor una y otra vez. ¿Cuántas veces lo has sido ya? ¿Tres con esta?

—Cuatro —corrigió Kristen, tratando de mantenerse erguida.

—Ah, sí. Pues ya sabes, después de ser dama de honor cuatro veces y conociendo a mi familia, prepárate a resistir un tercer grado. Además, te conozco y sé que no te van estas cosas.

—Ya, pero se trata de Bella, Andrew —dijo Kristen—. Podría haber rechazado las otras bodas, pero no las de Dana y tu hermana... Tenía que aceptar. Tu familia es mi



familia —dijo, mirando la puerta que daba paso a la nave de la iglesia—, sobre todo desde que murió mi padre.

—Lo sé —dijo Andrew y sonrió—. Supongo que lo sé desde que mi madre te preguntó cuándo ibas a darle un nieto.

Kristen volvió a sentir aquel pinchazo, aunque aquella vez fue algo distinto.

No se trataba exactamente de frustración, sino, quizás, de envidia.

—El caso es que por mis amigos sería capaz de hacer cualquier cosa ya lo sabes. Por ejemplo, la única razón de que a estas alturas no te haya matado es que eres mi mejor amigo —dijo, mirando a Andrew con una débil sonrisa—. Pero, te lo advierto, si vuelves a ponerme en un brete como el de anoche, no seré responsable de mis actos.

—Claro, claro. Nunca más —dijo Andrew, asintiendo con solemnidad y sin poder contener una sonrisa.

Al entrar en la iglesia, Kristen se percató de los diez pares de ojos que se fijaron en ella, las inquisitivas miradas de todas las tías de Andrew, fijas en ella, que inmediatamente dieron paso a sonrisas cómplices y calculadoras.

—Supongo que no querrás apostar una cena a que no eres capaz de evitar a mis tías antes del banquete

—susurró Andrew, muy divertido con la situación—. Mientras esperábamos he dejado caer la idea de que tal vez estuvieras interesada en escuchar sus consejos sobre el tema «Caza de hombres».

—Que sean dos cenas —dijo Kristen entre dientes— y recuérdame que te mate cuando termine todo esto.

\*\*\*\*\*

—¡Estoy buscando a Kristen! —gritó Andrew para hacerse oír sobre la música y el tumulto de las parejas que se deslizaban por la pista de baile—. Ha desaparecido en cuanto nos hemos hecho las fotos. ¿La has visto?

—¡No! —le contestó su amigo Ryan, mirando a su vez a la pandilla de amigos con la que se encontraba. Todos negaron con un gesto—. Si la ves, dile que esta noche tenemos partida en casa de Mike.

Andrew asintió.

—Si hay algo que pueda sacarla de su escondite es una buena partida de póker —dijo Andrew y prosiguió su búsqueda.

Ponía tanto empeño en sacar a Kristen del humor sombrío que aquellos días la dominaba y en encontrarle alguna distracción que le evitara la «fatídica pregunta» que había olvidado que también él era objeto de aquella pregunta... y no por parte de sus tías.

Llevaba más de una hora buscando a su amiga y probablemente también evitando la atención de alguna pretendiente más insistente de lo normal.

Sintió que alguien le ponía la mano en el hombro.

—Hola, hermanito.

Se dio la vuelta. Se trataba del novio y suspiró con alivio.

—Eh, Brad. Bueno, ¿qué tal se siente uno después de casarse con mi hermana?

Brad sonrió. Sus ojos brillaban como dos faros en la noche.

—Más feliz que en toda mi vida.

—Eso dices ahora —dijo Andrew con una sonrisa de oreja a oreja, dándole a su cuñado un amistoso empujón.

—En serio, cuando encuentras a la persona adecuada, no hay nada parecido... nada.

—Está bien, te creo —dijo Andrew, algo incómodo por aquella declaración que parecía tan sincera—. Me da la impresión de que estoy rodeado de mujeres a la busca de la persona adecuada. Las bodas tienen un extraño efecto sobre las mujeres. Creo que si le preguntara a cualquiera de las solteras de esta habitación si se viene a Las Vegas a casarse conmigo, me respondería que sí sin pesta-

ñar —dijo, mirando a su alrededor—. ¡Y ni siquiera me conocen!

—Por eso se irían contigo.

Andrew oyó la voz de Kristen a sus espaldas.

—Eh... —dijo, volviéndose, pero Kristen se alejaba, perdiéndose hacia el fondo de la sala.

Antes de que pudiera seguirla, Brad volvió a hablarle.

—¿Era Kristen? —preguntó—. ¿Sabes? Esta mañana, cuando la he visto entrar en la iglesia, apenas la he reconocido. Puede que fueran los rizos. No recuerdo la última vez que la vi con un vestido.

—La resaca tampoco ayudaba mucho —añadió Andrew, tratando en vano de ver hacia dónde se dirigía su amiga—. Anoche la arrastré a tu fiesta y me aposté una cena a que no podía beber tanto como yo.

Brad frunció el ceño.

—¿Llevaste a una mujer a mi despedida de soltero?

—No, llevé a Kristen. Hay una ligera diferencia —al ver que no convencía a Brad, Andrew se encogió de hombros—. Nos sentamos en un rincón, Brad. Además, siempre ha sido de la pandilla y tampoco estuvimos en un antro de perversión, ¿no?

—Es la base del asunto, Andrew ya lo sabes, «Nada de mujeres» —dijo Andrew, sacudiendo la cabeza—. Y Kristen no está nada mal, cuando quiere. Ya sabes que es bastante guapa, al menos cuando no está planeando tu asesinato.

—Ya se le pasará, puede que le lleve algún tiempo, pero se le pasará. Demonios, la mitad de las veces sus bromas son peores que las mías —dijo Andrew y se echó a reír—. ¿Sabes lo que hizo la semana pasada?

—Hola, Andrew.

Ambos hombres dieron media vuelta. Se trataba de una rubia que miraba a Andrew desde unos preciosos ojos azules. El tono de su voz parecía algo fingido, quizás intranquilo.

—Llevas toda la noche dando vueltas. Te estás perdiendo una fiesta estupenda. ¿Quieres bailar?

Andrew suspiró.

—Lo siento, pero estoy buscando a alguien. Puede que más tarde —«o dentro de veinte años».

—¿Seguro? —dijo la rubia, con una sonrisa encantadora—. ¿Y no puede esperar un poco ese alguien?

Andrew volvió a suspirar. «Kristen, ¿dónde demonios te metes?»

—Lo siento, de verdad.

—Como quieras —dijo la rubia y se alejó, dándole su espléndida espalda desnuda.

—¿Estás loco? —dijo Brad—. ¡Era una preciosidad!

—Llevaba «busco marido» grabado en la frente y yo ya no juego a eso, se acabó —dijo Andrew, encogiéndose de hombros.

—Oh, vamos. Solo quería bailar ya encontrarás a Kristen...

—Deja que te diga algo —dijo Andrew, poniéndose muy serio—. Cuando era más joven tuve algunas relaciones serias, en cierta ocasión estuve a punto de casarme y todas acabaron en desastre.

—Vaya —dijo Brad—, pero qué tiene eso de...

—Y solo mis amigos pudieron sacarme del abismo —prosiguió Andrew—. Luego decidí no volver a comprometerme, ¿por qué iba a hacerlo? Salgo con mis amigos cuando quiero, tengo un empleo por el que muchos hombres matarían y tengo una mujer que es mi mejor amiga que me conoce mejor que yo mismo y que si la necesito está ahí las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Las mujeres vienen y van...

—En tu caso con demasiada frecuencia —dijo Brad.

—Pero los amigos son para siempre —dijo Andrew, sonriendo—. Llevo la vida

perfecta.

Brad se echó a reír.

—Tengo que admitir que suena muy atractivo. Pero tiene un pequeño problema.

—Lo sé —dijo Andrew—. Pero ya se le pasará. Kristen no puede permanecer enfadada por mucho tiempo. En cuanto se encuentre mejor, se le pasará.

—El problema —prosiguió Brad— es que un día de estos te vas a enamorar y tu perfecta vida se va a ir al garete.

—Imposible —dijo Andrew y volvió a ver a Kristen, que estaba charlando con otras mujeres a un lado de la pista de baile—. Todo está bajo control.

Antes de poder acercarse a Kristen, las mujeres que estaban con ella se le aproximaron a él.

—Oh, me parece maravilloso —le dijo una de ellas.

—¿El qué? —preguntó él.

—Que quieras adoptar un niño. Pero para eso tendrás que casarte, ¿no?